



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 14

CT 118 ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL

Schmiedt Streck Valburga (ed.). “Evidencia para una incidencia eclesial”. En *Teología y VIH y Sida en América Latina*, 79-94. Sao Leopoldo, Brasil: Oikos, 2013.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Evidencia para una incidencia eclesial

Ensayo a partir de la experiencia de acercamiento a mujeres en ejercicio de la prostitución en la ciudad de Bogotá (Colombia) y también desde el testimonio de hombres estigmatizados y discriminados por estar relacionados con el VIH y el Sida

René Rey, cjm

“La finalidad del evangelio no es explicar el mundo sino salvarlo” (Albert Nolan).

Introducción

A través del siguiente artículo, pretendo dar a conocer una experiencia de fe que, a partir del acompañamiento a algunas comunidades cristianas católicas romanas y a personas que viven con el virus de inmunodeficiencia humana – VIH, he venido teniendo por cerca de ocho años. Quiero decir que hago esta socialización en perspectiva de lo que se ha considerado como uno de los principales factores estructurantes de esta epidemia en todo el mundo: el estigma y la discriminación. A su vez, esto lo realizo considerando el estatuto epistemológico propio de una teología de la acción humana, crítica y latinoamericana planteado por Mario Peresson (p. 23-31). Esto quiere decir que pretendo realizar un acercamiento comprensivo y crítico del contexto del que participo y de sus sujetos, haciendo uso de determinadas mediaciones sociales. Luego, realizo una lectura de fe de la realidad ayudándome de una hermenéutica de la revelación. Para ello, me valgo del texto santo de tradición y del magisterio de la iglesia. Finalmente, haré uso de la mediación práctica con el fin de proponer un breve marco teológico de reflexión (para el alcance de este artículo), con la pretensión, que en este texto dejaré abierta, de promover determinados y necesarios cambios eclesiales en la consabida

erradicación del estigma y la discriminación asociados al VIH y el Sida. Debo añadir que entiendo fundamentalmente la experiencia como revelación (NOLAN, p. 39).

La Fundación Eudes, una experiencia de fe

Trabajo en Colombia, en una obra social y pastoral conocida como la Fundación Eudes. Esta organización se ha dedicado desde hace 25 años al acompañamiento de personas que viven con VIH. Desde sus inicios, el presbítero católico Bernardo Vergara se encargó de brindar un hogar a las personas que, con frecuencia, siendo sintomáticas, llegaban a él, no pocas veces, como un último recurso. Algunos habían sido desterrados de sus familias al conocer el diagnóstico, otros habían ejercido la prostitución y manifestaban estar solos y otros más eran profesionales que decidían vivir en los hogares. Por aquel entonces, tanto la realidad como la palabra Sida eran sinónimo de muerte y no fueron pocos ni pocas los y las pacientes que morían en los hogares. Con el tiempo, viendo la necesidad no sólo de acoger personas que vivían con VIH y Sida sino de prevenir su transmisión, se creó el *programa Unidad Móvil de promoción y prevención en VIH y Sida*. Es así como se contó con una especie de camión, que se acercaba principalmente a las llamadas zonas de tolerancia de la ciudad en donde se ejercía la prostitución. Lo hizo con el fin de ofrecer un servicio básico de atención en medicina, odontología, psicología, trabajo social y, por supuesto, de acompañamiento espiritual a esta población. Se llegó a convertir en un espacio de acogida y descanso frente a la carga de ansiedad que generan estas zonas.

Ahora bien, desde hace más de un lustro he estado coordinando este programa *Unidad Móvil*. Durante este tiempo he sentido cómo los esfuerzos de trabajo en el área de prevención se desbordan frente a la realidad de un aumento de la epidemia en el país. Debo aclarar que todavía el indicador de prevalencia general es de 0,6%, lo que hace que se cumpla con el objetivo de desarrollo del milenio número seis que propone estar por debajo del 1,2% antes del 2015 (PNUD, 2005). Sin embargo, también es cierto que la epidemia es de tipo concentrado, es decir, que está focalizada en determinados grupos poblacionales asociados a contextos de alta vulnerabilidad que, para el caso

de Colombia, están relacionados con *hombres que tienen relaciones sexuales con hombres*¹, *mujeres trabajadoras sexuales*², *personas privadas de la libertad*, *personas en situación de calle*, *usuarios de drogas intravenosas*, *jóvenes desplazados por el conflicto armado*, *personas desmovilizadas de los grupos armados organizados al margen de la ley* (UNFPA, 2012, p. 91-97). De acuerdo a esto, vale la pena preguntarse, ¿Qué factores estructuran esta realidad del VIH y del Sida en Colombia?

El almacén que nos ayuda a comprender esta epidemia

Son varios los factores socioeconómicos, políticos y culturales que estructuran la realidad de la epidemia en Colombia. Nombro sólo algunos: la amplia brecha social (pobreza y desempleo); el conflicto interno con su correlato el desplazamiento forzado; las deficiencias en el acceso al Sistema General de Seguridad Social en Salud; las representaciones sociales de un escenario donde la sexualidad se rige por patrones patriarcales, machistas y heterosexistas; las desigualdades de género; el comercio sexual y la homofobia. Todo lo anterior relacionado con la vulnerabilidad social de mujeres, niños, niñas y adolescentes (ONUSIDA, 2006, p. 15-32). Como telón de fondo nos encontramos con un modelo de desarrollo neoliberal que ha venido proponiendo como sujeto el mercado y que, finalmente, resulta tratando como cosas a quienes deberían ser los verdaderos sujetos de su historia, esto es, a personas concretas de “carne y hueso”. Este sistema es idolátrico y alienante (NOLAN, 1989, p. 96).

Ahora bien, el estigma y la discriminación resultan ser otro de los factores estructurantes de la epidemia (ONUSIDA, 2001, n. 13, 17). A éste lo considero un factor transversal a los anteriormente mencionados, con un origen que en primera instancia recae en el imaginario social que considera la epidemia del VIH como un “castigo divino” y que identifica a determinados

¹ Para el caso de mujeres trabajadoras sexuales, la prevalencia puede llegar hasta 2,5% y en algunos casos hasta el 4,5%. En el caso de hombres que tienen relaciones sexuales con otros hombres, puede ser de 20% e incluso llegar hasta el 25%. Datos de Ministerio de Salud y Protección Social (2010) y de la Fundación Eudes (2010).

² Uso el término con el que las mismas mujeres se reconocen y también el utilizado por ONUSIDA.

grupos poblacionales como sus chivos expiatorios (SONTAG, p. 36, 54). Es lo que está detrás del VIH. Resulta ser que estos grupos corresponden a los mismos en que, en el caso colombiano y latinoamericano, se ha concentrado la epidemia. Valga la pena repetirlo: hombres que tienen relaciones sexuales con hombres (especialmente los conocidos como homosexuales u hombres gay) y mujeres trabajadoras sexuales. Ha resultado evidente que en los diferentes sectores de la sociedad, como es el caso de la salud o el de la educación, existe estigma y discriminación asociados al VIH y al Sida. Muchos informes atestiguan esto a lo largo y ancho del planeta (ONUSIDA, 2010, p. 20). En realidad esto no deja de ser sorprendente, pero lo es aún más, evidenciar que al interior de las comunidades de fe también se da. Es claro, se dirá, pues estas comunidades también están conformadas por personas que se mueven diariamente en esos sectores sociales. Con todo, la pregunta al interior de estas comunidades es ¿Qué imagen se tiene de estas identidades? ¿Qué se escucha decir de estos sujetos? En últimas, ¿Qué actitudes toman las personas de fe integrantes o feligreses hacia estas personas?

Clave, los testimonios

Comparto aquí algunos testimonios, tal vez suenen un poco crudos: “Vaya y denúncieme, a ver a quien le hacen caso. No ve que yo soy policía y usted es una puta”. Esto lo dice el policía luego de haber violado a una trabajadora sexual. Puede ser que aquí ya se esté evidenciando la inequidad social y de género que subyace al problema del estigma, como Aggleton lo clarifica (ONUSIDA, 2002, p. 9). En cierta ocasión, escuché, en una predicación de un ministro sacerdote católico de rito romano, lo siguiente: “Mi papá nos quería mucho, nos abrazaba y nos decía que nos amaba. Y no por eso nos volvimos gay”. Un feligrés de un grupo del movimiento de la renovación carismática católica dijo: “Yo creo que lo mejor es que le hagan una oración de liberación de ese espíritu de la homosexualidad y así hasta podría ser parte de nuestro ministerio”. Una trabajadora sexual testimonió que un día fue a confesarse, y al decir que ejercía la prostitución, el ministro sacerdote la tomó del brazo y la sacó de la iglesia (templo parroquial). Lo que me llamó la atención es que ella insistió y fue a otra iglesia; y cuenta que el ministro de culto la comprendió y absolvió sin problema. Un ministro sacer-

dote católico le contó a su obispo que él vivía con VIH. Este obispo le respondió: “Usted es un problema para nuestra diócesis; nadie quiere trabajar con usted; mejor váyase para su casa”. Lo siguiente lo dice un laico comprometido, quien da su testimonio de vida: “Luego de dos años de estar en una comunidad religiosa, le comenté al rector del seminario que era homosexual, y me echaron como a un perro”. Otros casos reportan que como prerrequisito para el ingreso al seminario les exigieron la prueba de ELISA para la detección del VIH.

Estos testimonios denotan que existe un prejuicio machista y homofóbico ligado al patriarcalismo en la Iglesia Católica Romana. Esto no es difícil de demostrar. Se creería que las actitudes de tales personas “sospechosas” van a subvertir un orden establecido, que entrarían en detrimento de un aparente “buen” desempeño de la comunidad y que afectarían la identidad, el imaginario y la cohesión grupal, frente a las personas que frecuentan la parroquia, el seminario o el convento. Es por eso que no basta con que los afectados por la epidemia, o sospechosos de estarlo, estén marcados por esta señal o atributo; sencillamente, una persona que vive con VIH o que se declara homosexual es rechazada de la comunidad eclesial. Es más, en no pocos casos, si se quiere ingresar o permanecer a algún tipo de comunidad religiosa, se debe callar u ocultar. Algo más, estas evidencias denotan el papel de autoridad, entendida como poder, del líder religioso sobre el afectado o estigmatizado, cuando ordena callar y excluir. Paterson lo ha sintetizado claramente en el seminario de Windhoek (Namibia) cuando interpreta a Douglas:

Cuando la sociedad estigmatiza y excluye [...], está intentando protegerse a sí misma del contagio y asegurar su propia supervivencia. Se cree que la persona estigmatizada es una influencia contaminante y, por tanto, peligrosa para el resto de la comunidad. Los contaminadores potenciales se convierten en cabezas de turco, individuos que han roto un tabú de algún tipo y tienen que ser expulsados o castigados. La religión desempeña un papel clave en este proceso al actuar como puntal del orden social. El orden, añade Douglas, es el valor supremo de la sociedad: es la ley que gobierna la pureza y la contaminación que la salvaguardan; es la religión que articula el sistema de creencias e institucionaliza los rituales en los que encuentra expresión la vida corporativa de la sociedad (ONUSIDA, 2003, p. 38).

A esto se le ha de sumar el sentimiento de vergüenza que el mismo afectado experimenta y que hace parte de la auto-estigmatización, que le lleva a obedecer, enmudecer e inmovilizarse. Veo que, frente a todo esto, siguen

siendo pertinentes las preguntas de Robert Vitillo que aquí parafraseo al propósito de este escrito, ¿Cómo es posible que exista estigma y discriminación en nuestra Iglesia Católica Romana? ¿De qué ha servido el ejemplo de Jesús atestiguado en los evangelios? ¿Qué estamos haciendo realmente para la erradicación de este fenómeno social? (ONUSIDA, 2003, p. 20). Por lo pronto, el llamado Consejo Mundial de Iglesias ha reconocido, con sendas declaraciones, esta situación y se ha comprometido a su eliminación; destaca el papel fundamental de la prevención cuando esta se apoya en el conocimiento de este fenómeno social (CMI, 2003, p. 5, 9, 112). Se ve que, frente a la desesperanza, surge la esperanza.

Inclusión sí, pero ¿y participación?

Desde mi propia experiencia de acercamiento a comunidades de personas que pertenecen a los mencionados grupos poblacionales (principalmente homosexuales y trabajadoras sexuales), me ha llamado la atención ver cómo se puede llegar a “tolerar” tenerlos cerca en una aparente actitud de inclusión. Parecen ser aceptados con un aparente desinterés por ellos. En verdad, ellos no tienen un papel participativo en nuestras comunidades y con dificultad en el desarrollo de la polis. Solamente participan quienes han arrebatado el espacio político, o quienes lo han construido mediante el reclamo, la apelación y el coraje.

Al parecer, para algunos es un asunto denigrante ser sujeto de servicio de una persona de identidad “dudosa” si se admite su participación activa en la misma comunidad. Esto resulta ser incomprensible y resulta hasta escandaloso. Pero, a mi parecer, esto es simple y llanamente hipocresía. Jesús catalogó de sepulcros blanqueados a los escribas y fariseos de la época (Mt 6,1-18; Mt 23,13-32; Mc 12,15). Esto lo digo porque se quiere vivir una contradicción como si no lo fuera, cual es, la de obviar la realidad de aquellas personas. Son miradas en nuestras ciudades todos los días recorriendo con frecuencia viejos edificios bajo el cielo gris de la ciudad, pero poca gente se percata de su presencia. ¡Y esto es hipocresía! La misma que Jesús denunció. Para Jesús, la hipocresía es la característica fundamental de todo pecado. “Es el elemento de autoengaño o de ceguera que está presente en

todo pecado” (NOLAN, 1989, p. 56). A pesar de esto, como se explicará enseguida, las personas vulnerables a la infección por VIH o ya afectadas por la misma, y que son consideradas desgraciadas y que han sido irrespetadas, rechazadas y no pocas veces despreciadas, son el lugar privilegiado que nos enseña cómo debería trabajar nuestra Iglesia ante el desafío que nos presenta la epidemia del VIH. Mejor dicho, en ellas se encuentra la posibilidad de sentido o esperanza de nuestras comunidades de fe.

Son la Buena Noticia...

Para desarrollar lo anteriormente expresado, quiero volver sobre los testimonios. Ellos evidencian como lugar común un sentimiento de temor. Este miedo surge tanto en el líder religioso como en el miembro de la comunidad, porque se sienten amenazados ante la sola idea de ver sucumbir el orden establecido. Y esto debido a la presencia de un sujeto subversivo. Ahora bien, apelando de nuevo a la experiencia de fe, hay algo que, creo, a muchos nos ha sucedido a través del acompañamiento a personas empobrecidas³: estos encuentros suscitan un “no se qué” de gozo que con frecuencia he vivenciado y que no podía explicar. ¿Por qué sentir alegría cuando inicialmente lo que siento es el padecimiento de tantas hambres, angustias, dolores, sometimientos, golpes, etc.? Sufro sus relatos de vida que me estremecen, pero también vivencio ese *no se qué* de gozo que me deja una sensación adicional de plenitud. Estoy seguro que esto tiene que ver con la “buena noticia”.

Algo es “buena noticia” porque su efecto nos alegra al oírlo y nos hace felices. Dice Nolan, porque elimina algo que hemos temido, porque promete un futuro mejor, porque nos hace felices y porque nos permite mirar esperanzados al futuro. Acto seguido dice que esa buena noticia nos llena de energía, “porque nos despierta, nos sacude de nuestro letargo y nos permite responder a los desafíos de la vida” (1989, p. 26). Y si es buena noticia, debe cumplir que lo sea para los pobres, como lo fue el anuncio de Jesús en la sinagoga (Lc 4,18; 7,22; Mt 11,5). Estos pequeños son a quienes les fueron revelados los secretos del Padre (Mt 11,25s) y a quienes se les heredó el

³ En el desarrollo de este artículo iré dando a conocer qué entiendo por esta categoría de *empobrecido*.

Reino de Dios (Lc 6,20). Ahora bien, en concreto, en el encuentro con estos grupos poblacionales en contextos de vulnerabilidad que se han relacionado con el VIH y el Sida, como los son los hombres que tienen relaciones sexuales con hombres y las mujeres trabajadoras sexuales, todos ellos sujetos centrales en nuestra reflexión, ¿qué se considera como buena noticia?

Signos de salvación

Para responder a la pregunta anterior, se hace necesario introducir la categoría *signos de los tiempos*. Peresson los define desde dos miradas. La primera es una perspectiva antropológica e histórica que los considera

[...] hechos o acontecimientos históricos que, por su generalización y grande frecuencia, demuestran en un determinado periodo histórico y contexto social las aspiraciones más profundas de un grupo humano, los anhelos de crecimiento en humanidad en un mundo deshumanizante (2011, p. 18).

De alguna manera se puede decir que, desde esta mirada, son signos hoy los movimientos gay o de la diversidad sexual. También han sido característicos los movimientos de jóvenes indignados en España, Chile o Colombia motivados por razones de desigualdades económicas, sociales y educativas. Pero también, según Peresson, se tiene una segunda perspectiva que es la teológica y pastoral y que identifica a estos acontecimientos generalizados como

[...] voz e interpelación de Dios que invita al cambio, al compromiso por el reino [...] en los que se expresan los anhelos de cambio según el proyecto de Dios y se afirman los valores del reino inaugurado y presente en Jesús de Nazareth, el Cristo. [...]. Hechos en los cuales se afirma la vida en medio de condiciones de muerte y violencia. [...]. Signos de solidaridad en un mundo egoísta y discriminatorio (2011, p. 19).

Pero hay algo más. Nos aclara este teólogo que para interpretar y juzgar los acontecimientos según los criterios del evangelio, hay que mirarlos desde la óptica de los pobres, *desde el reverso de la historia* (p. 19). Entiendo aquí la acepción de pobre como los materialmente pobres. Esto es, aquellos a quienes vivir se les impone como su máxima tarea. Pero también como los sociológicamente pobres, aquellos que son, por lo general, ignorados y marginados o despreciados (SOBRINO, 2007, p. 6). Son aquellos a quienes, entiendo, se les niega la posibilidad de compartir el pan y no se les

ve como compañeros. Esta actitud de marginación la pueden atestiguar generalmente los homosexuales y las mujeres trabajadoras sexuales. No pocas veces escuché decir: “¿Cómo es posible que un homosexual predique la palabra o me vaya a evangelizar?” o “¿Cómo es posible que esté hablándonos de Dios si es una travesti!”. Lo que se colige es que estas identidades “sospechosas”, siendo ignoradas y despreciadas, estigmatizadas y discriminadas, y aún más, excluidas y marginadas, se convierten en los sujetos privilegiados para juzgar los acontecimientos de la historia. A ellos y ellas les debemos total atención para comprender qué quiere Dios en nuestro contexto colombiano hoy de nuestra Iglesia y sociedad. Pregunto, ¿Qué nos querrá decir Dios hoy a nuestra nación colombiana, cuando es Él mismo quien es el vulnerable marginado en esas personas vulneradas y marginadas? Para empezar, hay que ver a estas personas con los mismos ojos con los que se miran a sí mismas.

Una joven abogada voluntaria de la Fundación Eudes me decía: “Es increíble pero lo que más me llamó la atención de conversar con estas mujeres ha sido su alegría. No lo entiendo. Yo misma trabajo con personas que tienen mucho dinero y nunca les he visto esta expresión. Por el contrario, son muy amargados”. Por otra parte está el testimonio de una transgénero con identidad femenina y trabajadora sexual, conmueve: “El dinero que consigo, en parte, es para ayudar a mi mamá y también mando para pagar el estudio de mi hermanito. El podrá hacer algo diferente a lo que hago yo”.

Ahora bien, considerando estos testimonios y para responder al interrogante último, debo decir que el documento de Puebla (1978), al exhortar sobre el servicio al hermano empobrecido, introduce la categoría *potencial evangelizador de los pobres*. Ellos, dice, interpelan constantemente a la iglesia, “llamándola a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios” (1147). Y el asunto es claro pues, desde la fe cristiana, su pobreza posee una dimensión teológica, la predilección de Dios por ellos. Pero también una dimensión cristológica, la presencia de Cristo en ellos (SOBRINO, 2007, p. 7). Añado algo más. Ya que se introdujo el término conversión, he de decir que éste remite a una experiencia de salvación. En concreto a la liberación del pecado del mundo. Este pecado se

entiende como abuso del poder, que provoca desesperanza y alienación, entendida como cosificación de la persona (NOLAN, 1989, p. 121-147).

Por lo visto, los pobres actúan como los vicarios de Cristo. Pero, ¿Cómo determinar la salvación que viene del mundo de los pobres? La respuesta la tomo en consonancia con Sobrino, quien dice que se puede pensar la salvación que de ellos proviene de tres formas: “nos ofrecen una superación de la deshumanización, nos brindan elementos positivos de humanización y nos invitan a la solidaridad universal” (p. 7).

Relaciono un par de relatos de mujeres trabajadoras sexuales: “Mire padrecito, si no nos ayudamos, quedamos en la inmunda”. “Es que debo ayudar a la compañera porque yo misma he pasado por eso”. “Yo soy muy pobre pero ya tengo mi perro y le doy su comida. Es que es un pecado ver un perro en la calle”. Sus vidas están marcadas por la entrega y la lucha, el sacrificio y sufrimiento, una dignidad herida. Sin embargo, dan todo por sus hijos y quieren construir con ellos la utopía, luego de ver truncados desde niñas sus propios sueños. Conciben a Dios como un “papá”, un ser que les acompaña, muy cercano y respetuosos de sus decisiones. Además, consideran como valor fundante de su dignidad como personas el respeto. Así fueron caracterizadas un grupo de mujeres de acuerdo a una investigación adelantada en esta ciudad (REY, 2008, p. 97-100). Teniendo cuidado con la reproducción de estereotipos de género, sobre todo legitimando una mirada eminentemente maternal y sobre la mirada patriarcal de Dios, impresiona su tenacidad para mantener la vida. Veo que la vida quiere vivir. Esta es la que considero *la santidad primordial* que “invita a dar unos a otros, a recibir unos de otros, y a celebrar unos con otros el gozo de ser humanos” (SOBRINO, 2007, p. 13). Pero hay otra muestra de amor, viven *la gratuidad*.

Esta interpretación de la revelación en ellas y en su realidad no es una actitud conformista con el sistema y con la ciudad, y mucho menos con la política en boga. Es ante todo un énfasis que quiero poner, particularmente, en la gratuidad de estas mujeres. Un énfasis porque ellas anuncian un mundo mejor basado en la gratuidad y, en nuestro caso, denuncian que nuestras comunidades eclesiales están sirviendo a dos señores: a un supuesto dios y al dinero (*mammón*); denuncian que hemos perdido la gratuidad, y con la gratuidad la nueva Alianza.

En la zona de tolerancia (conocida también como zona roja, como el lugar en donde se concentra una gran población de personas trabajadoras sexuales) unas mujeres trabajadoras sexuales, y algunas de ellas mujeres transgénero, en un garaje de residencia, oran por sus familias. A veces, a cientos de kilómetros de distancia, estas mujeres interceden por algunos de los que han sido sus clientes e incluso por aquellas personas que las victimizaron de niñas (padres, pareja, etc.). Imagino que estas mujeres, cargando con el sufrimiento, impregnan de humanidad al mundo. Es una gracia, es un tesoro. Se constituye la dimensión de don de la salvación (SOBRINO, 2008, p. 9). Sería arrogante no abrirse a este potencial evangelizador y dejarse acoger por ellas. Pero surge el interrogante, ¿No será ingenuidad darle este lugar salvífico privilegiado a los empobrecidos y, en particular, a mujeres trabajadoras sexuales o a personas transgénero?

No soy ingenuo; creo que, en general, el empobrecido está atravesado por la fragilidad que se manifiesta en pandillas, violaciones, matanzas, mutilaciones, machismo recalcitrante. Este es el conocido *mysterium iniquitatis* (2 Tes 2,7). En Colombia con frecuencia destacan los medios que los mismos ciudadanos (generalmente campesinos pobres) se han involucrado con movimientos armados al margen de la ley (paramilitares y guerrilleros) que desplazan, asesinan, violan mujeres y reclutan niños y niñas. Hace poco una mujer trabajadora sexual me decía: “En el barrio nos quemaron la casa porque se enteraron que mi hija y yo trabajábamos en esto”. Es más, en la misma zona de tolerancia, entre las mismas mujeres o las transgénero, suceden la envidia y las riñas callejeras. Según estudios adelantados por la misma Fundación Eudes⁴, entre ellas hay más irrespeto que el recibido por parte de un cliente o de la misma policía. Sin embargo, como bien lo ha desarrollado Sobrino, en el mismo pueblo marginado y excluido acontece la gracia divina, el *mysterium salutis* hace presencia (SOBRINO, 2007, p. 12-14); y una manera de definirlo ha sido bien registrada por Peresa y Villar en entrevista a José Comblin:

En los medios de comunicación se habla de los pobres siempre de forma negativa, como los que no tienen bienes, los que no tienen cultura, los que no tienen para comer. Visto desde fuera, el mundo de los pobres es todo negatividad. Sin

⁴ Para la fuente confrontar con la nota de pie de página 1, de la página 81.

embargo, visto desde dentro, el mundo de los pobres tiene vitalidad, luchan para sobrevivir, inventan trabajos informales y construyen una civilización distinta de solidaridad, de personas que se reconocen iguales, con formas de expresión propias, incluidos el arte y la poesía (PERESA y VILLAR).

Ellos y ellas son el Buen Samaritano

Recordemos la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37). Normalmente, nos dejamos interpelar por la actitud de este hombre que acoge al caído y apaleado en el camino. Pero, ¿hemos reparado en verdad quiénes eran los samaritanos? Dentro del sistema de pureza y santidad, que estructuraba la vida social y religiosa de Israel, ellos eran marginados morales y sociales por ser un pueblo considerado extranjero y pagano. Eran considerados impuros. Y uno de ellos es motivo de ejemplo, según Jesús, para el pueblo judío por cumplir con el mandato del amor al prójimo. El samaritano se hizo él mismo prójimo del necesitado. Desde la reflexión que hemos venido realizando, propongo que estas identidades “sospechosas” son los buenos samaritanos y samaritanas para nosotros hoy. Decir esto nos ubica en una posición incómoda, pues acaso dejarse servir ¿no implicaría entrar en comunión con estos “impuros”? ¿No me convertiría en sujeto de sospecha para terceros, esto es, en uno de ellos o una de ellas?. Doy testimonio que a veces me dicen los feligreses de una parroquia en donde trabajé en Bogotá: “¿Qué hace usted por aquí, padrecito? Usted no debería estar en estos sitios”. No faltó que alguien dijera: “¿Qué hace abrazando a esas travestis? ¡Tenga cuidado, Padre, porque el diablo es puerco!”.

Bueno, el asunto es, en aplicación del tal vez conocido principio de Ellacuría (1975, p. 418ss), suponiendo que estamos encarnados en estos contextos de alta vulnerabilidad social con estos grupos poblacionales, ¿estamos dispuestos a *asumir* la realidad de ser estigmatizados y hasta discriminados por asocio a grupos “sospechosos” como son las trabajadoras sexuales o las personas transgénero?. Y de ser así, ¿estamos dispuestos a *encargarnos de esta realidad*, esto es, a comprometernos en su transformación? Yo debo decirles que, en principio, después de este tiempo de acompañar especialmente a esta población sujeto de reflexión, tengo la vocación de la *samaritaneidad* desde la experiencia de la trabajadora sexual, pues es a partir de esta asimilación de sus valores y verdades que aprendí a amar a la persona que se pone enfrente de

mí. Por supuesto, este “nuevo estado” no me deja quieto sino que me interpela en conocer la estructura que promueve el sufrimiento de las personas que son estigmatizadas y marginadas para su eventual transformación. Por lo pronto, trato de asumir una nueva mirada con estas poblaciones. No es la de estar frente a ellas, sino la de ubicarme en el lugar de ellas. Ciertamente, no voy a ser una igual, pero sí puedo ser afín a su causa a partir de las verdades que aportan. Tal vez esto es lo que Goffman denominó como “sabios” (2006, p. 31). Es por esto que puedo decir que esta realidad del VIH y del Sida me lleva a ubicarme en la posición de quien está estigmatizado y discriminado por vivir o ser sospechoso de vivir con este virus. En otras palabras, *convivo* con las personas estigmatizadas y discriminadas por vivir con VIH. Nuestro lugar, insisto, cambia y esto es consecuencia de asumir la gracia del llamado *mysterium salutis*.

Un marco de reflexión

Y finalmente la praxis de misericordia. Con el fin de proponer un marco de reflexión teológico que permita asumir de manera seria la realidad de las personas que viven con VIH, y aún más, la realidad de tantos y tantas identidades consideradas “sopechosas” en nuestra sociedad, me permito realizar una breve propuesta de marco teológico que ilumine nuestro quehacer práxico de incidencia a nivel eclesial:

Quiero seguir a Bonhoeffer de la mano de Corbic en su imagen de Dios: “Dios es impotente y débil en el mundo y sólo así está con nosotros y nos ayuda. Mt 8,17 nos indica claramente que Cristo nos ayuda, no por su omnipotencia, sino por su debilidad y sus sufrimientos” (CORBIC, 2002, p. 53). Dios se revela en la historia, y el sufrimiento es parte de la historia humana. Dios se manifiesta en la historia de Jesús, y una parte nada desdeñable de esa historia es la pasión, la cruz, la muerte.

Por otro lado, los sufrimientos y la muerte de Dios en su Hijo incluyen la pasión y el dolor de los condenados de la tierra. Hay, por tanto, una solidaridad, una comunión, de Dios y de Jesús con éstos. Se establece de esta forma el triángulo hermenéutico desarrollado por Ellacuría y Sobrino, quienes relacionan a Dios y a Jesús crucificados con los pueblos crucificados,

a quienes reconocen potencial soteriológico, es decir, valor salvífico-liberador (AMERINDIA, 2004, p. 95).

Es por todo lo anterior que, con el fin de ir construyendo un marco teológico de reflexión que nos ayude a erradicar el estigma y la discriminación asociados al VIH y al SIDA, propongo, y considerando las limitaciones de este artículo, la siguiente concepción de pecado: un sistema económico, político y social que aliena al hombre y le considera mercancía. Esta va acompañada de hipocresía, de silencio, de terquedad y ceguera, y también de abuso de poder. Esto puede ser equiparado al pecado del mundo y la actitud que lo defiende, al pecado contra el Espíritu Santo, del que no se tiene perdón.

También propongo una concepción de salvación: La salvación nos libera del pecado del mundo. La entiendo como proceso y como acción concretas que generan concienciación y transformación del sistema idolátrico. Una praxis de transformación a partir del dejarse interpelar por los empobrecidos por el sistema. Ellos saben de las falencias del mismo: porque lo han sufrido. Esto quiere decir que no están alienados precisamente. Su lectura de los signos de los tiempos, para ayudar a determinar un tiempo kairótico o salvífico para Colombia, será determinante. Con esto, he apelado a la dimensión profética de la revelación; pero también a la dimensión de enseñanza (*didaskalia*). Lo que sugiero es que es necesario que entre todos aprendamos a leer los signos de los tiempos. Y esto supone el enseñar y aprender a hacerlo.

Conclusión

En el contexto del VIH y el SIDA, el estigma y la discriminación hacia las personas que viven con este virus son el obstáculo más poderoso para una prevención, tratamiento y atención eficaces. “La teología cristiana, a veces de forma no intencionada, ha servido para reforzar el estigma y aumentar la probabilidad de discriminación” (ONUSIDA, 2003, p. 11). Pero también, asumiendo una voz profética, ha servido para denunciar la injusticia, que es idolatría y así promover el cambio. Esto se hace patente en la propuesta final del Concilio Vaticano II y, en particular, en el documento

conclusivo de Medellín (Pobreza, 4-18), que nos han llevado a comprender la opción amorosa y preferencial por el pobre.

Si de los pobres o empobrecidos viene la salvación para nuestra sociedad, se colige que estas identidades “sospechosas”, a las que se refiere nuestro imaginario, cuando se nos habla del VIH y del SIDA, como las mujeres trabajadoras sexuales, las personas transgénero, los homosexuales o los usuarios de sustancias psicoactivas, son posibilidad de salvación para mí. ¡Y parece ser que, si son posibilidad para mí, al compartir esta experiencia, estoy considerando que pudieran ser posibilidad también para más personas! De estos rostros sufrientes, reconocidos como tales en el documento conclusivo de Aparecida (65) y que han cargado con el pecado del mundo, proviene la salvación del mundo. Es más, veo con esperanza que ya lo vienen salvando.

Referencias

- AMERINDIA (org.). *¿Es posible otro mundo?: reflexiones desde la fe cristiana*. Bogotá: Indo-American, 2004.
- CONSEJO MUNDIAL DE IGLESIAS (CMI). *Enfrentando el SIDA: el desafío y las respuestas de las iglesias*. Ginebra: Publicaciones CMI, 2003.
- CORBIC, Arnaud. Dietrich Bonhoeffer: Cristo, Señor de los no-religiosos. *Selecciones de Teología*, n.161, p. 51-58. 2002. Basado en las cartas de Bonhoeffer en prisión, entre el 30 de abril y el 18 de julio de 1944. Disponible en: <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=24129>>. Acceso: 25 set. 2012.
- DOUGLAS, Mary. *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI, 1973.
- ELLACURÍA, Ignacio. Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano. *Revista ECA*, San Salvador, n. 322/-323, 1975.
- GOFFMAN, Erving. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu. 2006.
- NOLAN, Albert. *Dios en Sudáfrica: el desafío del Evangelio*. Santander: Sal Terrae. 1989.
- ONUSIDA. Declaración de compromiso en la lucha contra el VIH/SIDA. UNGASS. *Onusida*, 27.06.2001. Disponible en: <http://www.unaids.org/en/media/unaids/contentassets/dataimport/publications/irc-pub03/aidsdeclaration_es.pdf>. Acceso: 15 fev. 2012.

_____. *Estigma y discriminación relacionados con el VIH/SIDA: marco conceptual y base para la acción, 2002-2003*. Ginebra, 2002.

_____. *Informe de un seminario teológico enfocado al estigma relacionado con el VIH y el SIDA*. Ginebra, 2003.

_____. *Infección por VIH y Sida en Colombia: estado del Arte 2000-2005*. Bogotá: Pro-Offset, 2006.

_____. *Voces positivas: resultados del índice de estigma en personas que viven con VIH en Colombia*. Bogotá: Nuevas Ediciones, 2010.

PERESA, Carlos; VILLAR, Evaristo. José Comblin: pionero de la Teología de la Liberación. *Revista Éxodo*. Disponible en: <<http://www.comitesromero.org/prensa/EntrevistaComblin.html>>. Acceso: 25 jun. 2012.

PERESSON, Mario. *Apuntes para la discusión de una teología de la praxis*. Bogotá DC: Pontificia Universidad Javeriana, 2011.

PNUD – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Hechos del Callejón*, año 1, n. 4, jun. 2005. Disponible en: <<http://www.pnud.org.co/hechosdepaz/echos/pdf/4.pdf>>. Acceso: 02 nov. 2012.

_____. *Informe de Colombia: Objetivos de Desarrollo del Milenio, 2005*. Disponible en: <http://www.pnud.org.co/img_upload/9056f18133669868e1cc381983d50faa/Combatar_el_VIH_SISA_la_malaria_y_el_dengue.pdf>. Acceso: 18 jul. 2012.

REY, René. *Prostitución, derechos humanos, liberación y vida nueva en Cristo: a partir de la situación de realidad de la prostitución en la llamada zona de alto impacto de Bogotá*. Trabajo de grado para optar como profesional en teología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2008.

SOBRINO, Jon. Fuera de los pobres no hay salvación. *Revista Envío*, n. 301, 2007. Disponible en: <<http://www.envio.org.ni/articulo/3516>>. Acceso: 28 jun. 2012.

SONTAG, Susan. *La enfermedad y sus metáforas: el SIDA y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus Pensamiento, 2003.

UNFPA – Fondo de Población de las Naciones Unidas y Ministerio de Salud y Protección Social. *Panorama del VIH/SIDA en Colombia 1983-2010: un análisis de situación*. Bogotá: Legis, 2012.